



Semblanza de una Monja

Liliana Iturrieta Olivares*

Juana de Asbaje, habrá sido una niña muy hermosa, podemos deducirlo por los retratos que de ella se han conservado, dueña de una inteligencia sin par, tanto que el marqués de Mancera, virrey de Nuevo México entre 1664 y 1673, convocó a cuarenta de los más reputados sabios de su corte para que la examinaran, querían saber los doctos varones si su descomunal sabiduría era “infusa o adquirida”, es decir, si había aprendido como cualquier mortal, es decir con esfuerzo y sudor o si por el contrario poseía una capacidad sobrenatural emanada vaya uno a saber de dónde; según testimonios que se conservan, el propio virrey comentó que ella los enfrentó como “un galeón enfrenta a unas cuantas chalupas”, salió airoso de la prueba, es que fue una inquieta y curiosa niña prodigio que se obligaba a sí misma, privándose de golosinas y cortando su cabello cuando no conseguía aprender todo lo que se había propuesto, “porque no me parecía razón que estuviese vestida de cabellos cabeza que estaba tan desnuda de noticias que era más apetecible adorno” (1), incluso llegó a pedirle a su madre que la vistiera de varón para poder ir a la universidad que había escuchado que existía en México, no valían para ella castigos ni amenazas, quería estudiar, quería aprender y comprender y nada la detenía; se convirtió muy pronto en lo que llamaríamos hoy una chica popular, favorita de la corte, joven, linda, inteligente, llena de fama y prestigio, pero como nada es perfecto, un problema la desvelaba: era mujer.

El destino de la mujer en el siglo XVII era el matrimonio o el convento y Juana descartaba de lleno la primera opción, sabía que no estaba hecha para la vida conyugal; después de mucho cavilar, de reflexionar y analizar, de luchar contra las “impertinencillas de su genio” se decide, a instancias de los pescadores de almas que la rodeaban, por el convento y da sus razones: “Entréme religiosa, porque aunque conocía que tenía el estado de cosas (...), muchas repugnantes a mi genio, con todo, para la total negación que tenía al matrimonio, era lo menos desproporcionado y lo más decente que podía elegir en materia de la seguridad que deseaba de mi salvación;” la vida conyugal no le atraía porque la apartaba de sus libros y la única forma “decente” de aprender era en el convento; se veía en el reflejo de Santa Teresa y otras muchas mujeres doctas de la historia y de la mitología de las que elaboró un extenso catálogo mucho más tarde, ya en los últimos años que su vida, que fueron pocos, sólo 46. Así ingresa primero, en 1667, como novicia en el convento San José de las Carmelitas, en el que permanece sólo unos cuantos meses y se retira aduciendo razones de salud, pero se rumorea que en realidad se fue por la extrema rudeza del convento que probablemente no le dejaba tiempo (ni cuerpo) para estudiar. Luego, en 1669 ingresa en el convento de Santa Paula de la Orden de San Jerónimo, donde permanecerá por el resto de su vida, adoptando el nombre por el que todos la conocemos sor Juana Inés de la Cruz.



Pero en el convento, tampoco las cosas fueron tan fáciles, solía suceder que justo cuando se disponía a estudiar, en la celda vecina se ponían a cantar, o venía alguna religiosa a visitarla o se peleaban las criadas e interrumpían su estudio, pero más allá de las minucias cotidianas, los problemas sobrevenían sin ella buscarlos, por ejemplo, una priora le prohibió escribir, para nuestra fortuna el castigo duró solo tres meses porque la superiora fue removida, en otra ocasión les pareció que su letra era tan perfecta que parecía letra de hombre y eso era indecente por lo que la obligaron a deformarla. Claro que no todo era tan terrible, no todo era, como podría, imaginarse flagelaciones y penitencias, ella era célebre en América y en Europa, daba prestigio al convento, lo que redundaba en más y mejores donaciones y mayor afluencia de novicias con su correspondiente dote, además la madre Juana fue elegida democráticamente por sus hermanas, por varios periodos consecutivos, como contadora y administradora de los bienes del convento, actividad que la ponía en contacto con lo más rancio de la sociedad novohispana y si sumamos a ello su actividad literaria y social, que incluía a los propios virreyes, podemos imaginar una vida ajetreada y rica en experiencias; por otra parte, recibía ingresos por sus obras y obtenía regalos de sus mecenas y admiradores, lo que le permitió disfrutar de una fortuna nada despreciable y vivir con comodidad; su “celda” por ejemplo, era una casa de dos plantas donde vivía con sus criadas y esclavas además de una sobrina que le encomendaron para que criara, a su muerte le dejó una pequeña herencia y el convento inició un juicio para reclamar lo que se le adeudaba por diversos préstamos que había hecho. Pero, pese a todo, estaba encerrada y sola, acosada permanentemente, con miedo a la Inquisición y necesitando justificar su inaudita inclinación a las letras en un mundo misógino y hostil.

Su vida, como se desprende de su obra, estuvo dedicada a justificarse y defenderse, recurrió a razones teológicas, filosóficas e históricas amparadas, por razones de seguridad, en su fe católica, entre las más llamativas para nosotros está su creencia en la asexualidad del alma. Es evidente que la idea de igualdad de género no podía cruzarse por la cabeza de sor Juana, el hombre era naturalmente superior y ella, mujer, monja y plebeya no podía superarlos en el plano mortal, pero si el alma, que es inmortal y es como explica Platón la que asciende por y para el conocimiento, no tiene sexo entonces el conocimiento tampoco lo tiene. La ascensión del alma que intenta comprender la desarrolla en uno de sus más bellos y profundos poemas, “ese papelillo que llaman *Primero sueño*”.

En más de tres siglos mucha historia han recorrido las ideas de las mujeres latinoamericanas, pero vale la pena recordar, de tanto en tanto, a las pioneras que no tenían aún conciencia de género, no podían vislumbrar un mundo de justicia y equidad entre las personas independientemente de su condición o sus opciones sexuales, pero sí reflexionaban, en medio de sus padecimientos y sus miedos, en cómo sobrevivir en un mundo creado por los hombres para los hombres sin resignarse a sus imposiciones. Sor Juana finalmente hubo de claudicar frente al pesado aparato eclesiástico, sin embargo, sabemos que en medio de la soledad y



UNIVERSIDAD
DE SANTIAGO
DE CHILE

las flagelaciones siguió escribiendo y aprendiendo porque no entendía, seguramente, otra forma de vivir que no fuera la que le dictaba su conciencia.

* Estudiante de Literatura. Universidad de Buenos Aires. Argentina.

Comunicamos que Liliana, lamentablemente, falleció el 26 de diciembre de 2018. Sin duda estas letras y esta columna son un Homenaje a ella, y un saludo en este momento difícil a su familia.

(1) Respuesta de la poetisa a la muy ilustre sor Filotea de la Cruz, carta fechada el 1 de marzo de 1691, líneas 266- 268.

Fuente virtual:

<http://www.cervantesvirtual.com/buscador/?q=sor+juana+ines+de+la+cruz+>